

SEVILLA

SEVILLANOS QUE CUENTAN

RAFAEL VALENCLA Director electo de la Academia de las Buenas Letras
 «Los filósofos del XI decían que la misión del pensador era estar atento a las desviaciones en el poder político o económico, pues por muy fuerte que sea una sociedad, no lo aguanta todo»

«El que se coloca a la altura del alpiste, se lo comen los jilgueros»

JUAN MIGUEL VEGA / Sevilla

Haber dedicado tantos años al estudio del mundo árabe le ha conferido un aura de sabio griego, no en vano fue por los árabes como nos enteramos del esplendor de la cultura helena. Hay en su hablar, no obstante, la pausa milenaria de la sabiduría agarena. Al final es cierto que la paciencia es la madre de la ciencia. A Rafael Valencia Rodríguez (Berlanga, Badajoz, 1952) le hará falta toda la que tiene y demuestra para capear los temporales de los últimos coletazos de la crisis y la manifiesta desafección por la cultura de la sociedad actual al frente de una institución como la Real Academia de Buenas Letras, de la que fue elegido nuevo director el pasado viernes de Pascua.

PREGUNTA.—¿Qué puede aportar una institución dos veces y media centenaria como la Acade-

Sevilla actual está a la altura de la tradición de la ciudad?

R.—Hay un gran movimiento literario, dentro de que todos estemos acobardados por el golpe de la crisis. Pero creo que sigue habiendo una literatura y, sobre todo, una herencia histórica que mostrar a la juventud, para que lean a los grandes clásicos, sevillanos y no sevillanos. A Machado, a Cernuda, a Salinas, a Cervantes... porque si no se lee, la cabeza, el disco duro, se seca.

P.—¿Dónde encuentra la Esperanza?

R.—El año que viene es el centenario de la segunda parte del Quijote y yo estoy esperando de que sirva para algo. Porque lo de leer el Quijote es un buen ejercicio social, porque no podemos seguir adelante con una sociedad de analfabetos y autistas. Si nos limitamos al WhatsApp, vamos a abandonar la

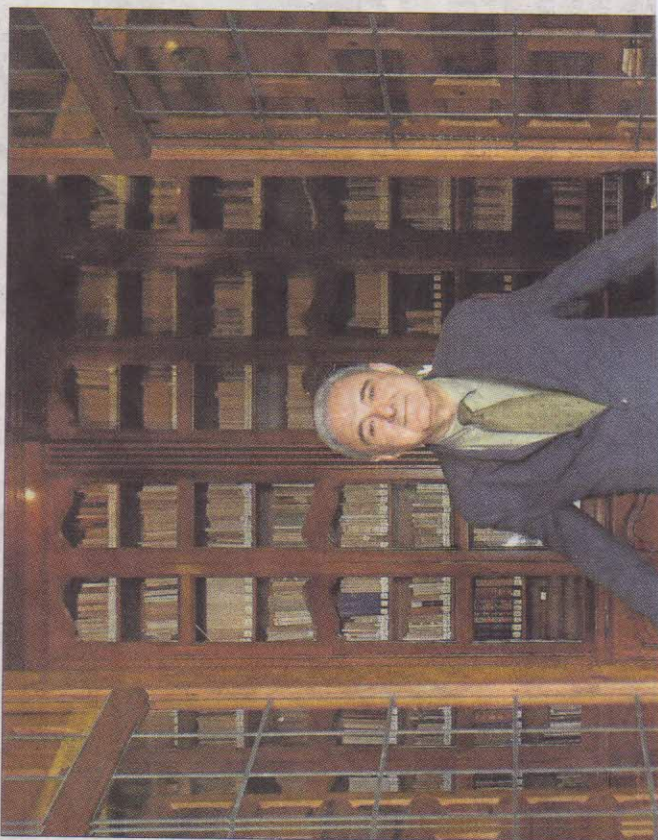
«La universidad es incapaz de generar sus propios modelos, se los imponen»

«No podemos seguir adelante con una

micos, con su trabajo personal, desinteresado y en algunos casos con sus aportaciones económicas. Pero hay que tener en cuenta que éste es un camino muy lento.

P.—¿Existe entonces sociedad civil en Sevilla?

R.—En mi opinión, sí. La sociedad sevillana es articulada, lo que puede que no lo esté es el plan de actuación en cada caso. Pero aquí hay una cantidad de asociaciones y entidades... las mismas cofradías son instituciones de la sociedad civil. Algunas de ellas están manteniendo sistemas de apoyo social, paliando la falta de re-



ma en la era de los tuits?

RESPUESTA.—Lo mismo que aportó cuando se fundó en 1751. Entonces, un grupo de profesores, llevados por el espíritu profundo de la Ilustración, vio que la Universidad estaba muerta, no servía, no había conexión con la sociedad y surgieron las academias. Hoy estamos exactamente en la misma situación. Se trata de imponer como valores fundamentales los de renovación y avance hacia el futuro, sin dejarse arrastrar por las circunstancias del momento.

P.—¿No cree que el mundo hoy es absolutamente distinto?

R.—Depende de cómo se vea. El inicio de las academias está en la de Atenas y, aunque las circunstancias desde el mundo griego hasta nuestros días han variado, los principios sobre los que tiene que regirse la sociedad no lo han hecho tanto. No hay textos más modernos que los de Sócrates.

P.—Ni más modernos ni más citados; pero también posiblemente, menos leídos hoy en día, ¿no le parece?

R.—Por supuesto. Esos textos fueron recuperados por la gente de la Ilustración y la Enciclopedia; el problema es que desde entonces hasta acá, no se ha vuelto a hacer un replanteamiento de los esquemas en que vivimos. Por ejemplo, en la era de la aldea global, ¿tiene sentido que sigamos hablando de fronteras nacionales?

P.—¿Y para contrarrestar eso se pueden hacer unos señores señores que se reúnen cada dos semanas para darse conferencias entre ellos?

R.—Trasladar todo ese pensa-



ESTHER LOBATO

cursos en otros terrenos. Hay también asociaciones culturales de todo tipo, lo que tenemos es que convencernos de que no se trata de tener que llenar el estadio de la Cartuja con nuestros seguidores. Se trata de dar pasos, de hacer camino. A este respecto soy tremendamente optimista.

P.—¿La universidad está hoy tan muerta como cuando se fundó la Academia?

R.—Llevo muchos años en ella y, para mí, su misión, como decía Ortega y los teóricos de la Edad Media, debe ser la enseñanza superior y la generación de modelos sociales. El problema de la universidad actual es que ha dejado de generarlos, es incapaz de generar sus propios modelos, se lo imponen desde Bruselas, Madrid o la Consejería de Innovación. Quienes trabajamos en ella tenemos que plantear alternativas, no podemos conformarnos con decir que la cosa está *mí* mala. Entre otras cosas, porque hemos sido los propios profesores quienes hemos llevado la universidad a la situación en que se encuentra.

P.—¿La academia puede ser aún una alternativa a la universidad?

R.—Lo que debe ser es lo mismo que fue en sus principios. La enseñanza superior se puede impartir desde muchas instancias. Lo que sí debe ser pensar acerca de modelos de universidad, de normas de comportamientos, de idea de ciudad y de mundo en el que vivimos.

P.—¿La actividad literaria de la

sociedad de analfabetos»

guasa y a anquilosarnos; una de las escenas más terribles que hoy pueden verse es un grupo de amigos tomando algo en la terraza de un bar y cada uno con su móvil mandando mensajes, lo mismo a uno de los que también está allí.

P.—Dicen que ese presente es el futuro.

R.—Eso no es adelante, sino todo lo contrario. Las tertulias, la discusión, sin llegar al desmelene, vivir el espacio, ese es el modelo de vida al que se debe aspirar.

P.—¿Pero esos gestos no son sintomas de un mundo que ha cambiado y no queremos reconocerlo?

R.—Yo me niego a un mundo en el que una pareja se esté tomando una cerveza al atardecer sin hablar entre ellos y cada uno mandando mensajes por su *iphone*. Si eso es una modernidad, que paren, que yo me bajo. De la modernidad tenemos que aprovechar los mecanismos que sirven, lo que no puede ser el autismo al que conducen muchas cosas. Por ejemplo, esa sociedad a la que ahora se aspira, en la que cada uno trabaje en su casa. Yo en esa sociedad no creo.

P.—Su discurso de ingreso en el Academia versó sobre los refranes populares de la Sevilla islámica. ¿Cuál de ellos se podría aplicar a la Sevilla actual?

R.—Esta misma mañana le decía uno a mis alumnos: 'el que se coloca a sí mismo a la altura del alpinista, se lo comen los jilgueros'. Si seguimos bajando y bajando los nive-

les lloramos